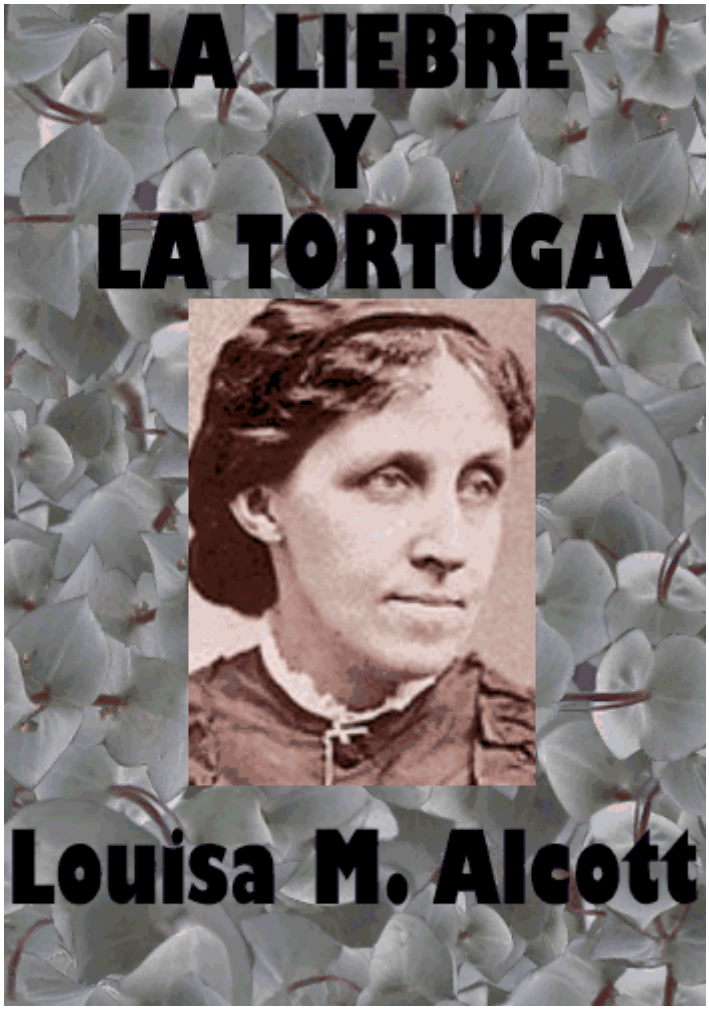
LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Louisa M. Alcott



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

¡Tras, tras, tras ! Ese ruido lo provocaban muchachos, al bajar a toda prisa.

¡Bum, bum! Esa era la bicicleta, al ser conducida por la sala.

¡Bang! Esa fue la puerta de calle al cerrarse al paso de los muchachos y la bicicleta. Entonces la casa quedó silenciosa por un rato, pese a que afuera, un rumor de voces sugería que tenía lugar una viva discusión.

La fiebre ciclística, que había llegado a Perryville, dominó durante todo el verano. Ahora el pueblo se parecía mucho a una laguna, antes tranquila, invadida por las zanquilargas chinches de agua, que cruzan la superficie en todas las di recciones. En efecto; ruedas de todas clases iban para aquí y para allá, espantando a los caballos, atropellando a los pequeños, y arrojando de cabeza a sus jinetes de la manera más entretenida.

Los hambres abandonaban sus negocios para ver cómo los jovencitos probaban sus muchos vehículos: las mujeres se volvían hábiles en el vendaje de heridas y en el arreglo de ropas desgarradas; las muchachas más alegres pedían ser llevadas en el estribo posterior, y los muchachos clamaban por bicicletas para poder unirse al ejército de mártires de la nueva moda.

Sidney West, que era el orgulloso poseedor de la mejor bicicleta del pueblo, exhibía su tesoro con enorme satisfacción, ante los ojos admirados de sus condiscípulos. Como había aprendido a conducirla en un patinadero de la ciudad, se jactaba de que no le quedaba nada por aprender, salvo las hazañas llevadas a cabo solamente por los gimnastas profesionales. Montaba con ágil pericia, avanzaba con tanta elegancia como permitía el movimiento circular de las piernas, y se arreglaba para mantenerse erguido sin demasiado peligro para sí mismo o para los demás. No mencionaba los revolcones que se llevaba de vez en cuando, ni los magullones que tenían a sus miembros de luto perpetuo, sino que ocultaba heroicamente sus dolores, y comprometía el silencio eterno de su hermano menor sobornándolo con alguna vuelta ocasional en la bicicleta vieja.

Hugh, que era un jovencito leal, consideraba a su hermano mayor como la persona más notable del mundo. Por eso perdonaba a Sid sus modales dominantes, como esclavo voluntario, admirador devoto y fiel imitador de todas las virtudes, actitudes y dones masculinos de su hermano mayor. Solamente disentían en cuanto a un detalle: la negativa de Sid a regalarle a Hugh su bicicleta vieja cuando llegó la nueva. Hugh había abrigado la esperanza de que sería suya, pues Sid lo había sugerido cada vez

que deseaba pedirle algo. De modo que, durante semanas, el menor esperó y trabajó con paciencia seguro de que su recompensa sería la pequeña bicicleta, que le permitiría ocupar orgullosamente su puesto como miembro del club recién formado, y partir con ellos en uniforme azul, entre toques de bocina, resplandor de insignias y movimientos de piernas, para un largo paseo del cual regresarían después de oscurecer, como misteriosa línea de altas sombras, "con el apagado brillo de las lámparas", y anunciando su presencia con silbidos.

Por lo tanto, grande fue su desilusión y su cólera cuando descubrió que Sid había accedido a vender su bicicleta a otro si así le convenía, dejando al pobre Hugh como el único muchacho de su grupo que no tenía vehículo. A pesar del afecto que sentía hacia Sid, no podía perdonarle esta transacción tan subrepticia y mercenaria. Parecía indigno de un hermano haber requerido favores durante tanto tiempo, y alentado tan ardientes esperanzas, para luego traicionar.

tan ciega confianza por puro lucro; y una vez cometida esa acción, reír al partir muy alegre sobre la espléndida bicicleta Desafío Inglés, de seada por todos los corazones y todas las miradas.

Aquella mañana, Hugh expuso sin rodeos sus sentimientos ofendidos, y Sid pretendió tomar la cosa a la ligera, aunque consciente de que había sido poco amable e injusto al mismo tiempo. Iba a tener lugar un certamen ciclístico en la ciudad, que distaba veinte kilómetros, y los miembros del club se disponían a ir. Sid. que deseaba distinguirse, pensaba ir en bicicleta, para lo cual se preparaba con mucho cuidado. Hugh estaba enloquecido por ir, pero como se había gastado su dinero de bolsillo y tenía prohibido pedir prestado, no podía ir en coche como los demás. Tampoco tenía caballo a su disposición; su propia caballeriza consistía de un burro viejo, que de nada le habría servido en tal situación. Por lo tanto, el pobre estaba desesperado. Sentado en el poste de la puerta, contemplaba a Sid que acicalaba a su mimada, para que cada manubrio, vara, tuerca y eje brillara como de plata.

-Sé que podría haber manejado la Estrella, de no haber sido porque tú se la diste a Joe. Opino que fue una mezquindad de su parte, y lo mismo la tía Ruth y papá, sólo que él no quiere decirlo, porque los hombres siempre se ponen de acuerdo para dejar de lado a los jóvenes.

Era un lenguaje fuerte para el manso Hugh, pero es que se veía obligado a exponer de alguna manera su angustia, o llorar como una niña... y tal ignominia debía ser

evitada, aunque para ello tuviera que faltar el respeto a sus mayores.

Sid silbaba por lo bajo mientras aceitaba y frotaba, pero no se sentía tan tranquilo como aparentaba, y deseaba de todo corazón no haberse comprometido con Joe, pues habría sido agradable llevarse consigo al "pequeño", como llamaba a su hermano de catorce años, y hacerle los honores del patinadero en tan importante ocasión. Como ya era demasiado tarde afectó una actitud descuidada y agregó insulto a la injuria al responder a los reproches de su hermano con el aire bromista que tan exasperante resulta en tales ocasiones.

-Los niños no deben jugar con fósforos, ni los pequeños con bicicletas... No quiero cometer un asesinato, y eso haría si te permitiera manejar veinte kilómetros, cuando no puedes recorrer uno sin estar a punto de romperte el pescuezo y las rodillas -declaró Sid, mientras contemplaba sonriente los remiendos que decoraban los pantalones de su hermano sobre esas partes de sus largas piernas.

-¿Cómo va uno a aprender, si no se le permite probar? Lo mismo podrías decirme que me mantuviera lejos del agua hasta que aprendiera a nadar... Dame una oportunidad y ya verás si no sé manejar tan bien como otros más grandes, que se han dado sus buenos porrazos antes de intentar un viaje de veinte kilómetros -replicó Hugh, ocultando los remiendos delatores con las manos.

-Si Joe no la quiere, podrás utilizar la bicicleta vieja hasta que decida qué hacer con ella... Supongo que tengo derecho a vender mi propia propiedad si así lo quiero -objeto Sid, algo picado por la alusión a sus propias tribulaciones pasadas.

-Claro que sí, pero el que prometió regalar

algo, debería hacerlo, en vez de cerrar trato subrepticiamente, después de haber exigido mucho trabajo en pago... Eso es lo que me enfurece, pues te creí y contaba con ello, y me duele más tu engaño que la pérdida de diez bicicletas -exclamó Hugh, que se ahogó un poco al pensarlo, pese a su tentativa de demostrar su indignación.

-Tienes derecho a tener tu opinión, pero yo que tú no lloraría por ello... Juega con otros de tu edad y no ansíes lo que es propiedad de hombres. Si tanto deseas ir, ve en coche y deja de importunarme -repuso Sid, malhumorado porque estaba equivocado y no deseaba reconocerlo.

-¡Ya sabes que no puedo! No tengo plata ni debo pedirla prestada... ¿ Qué ganas con burlarte de mí de esa manera?

Y Hugh se contuvo con gran dificultad de patear el casco nuevo, que se acercó a su

pie cuando Sid se inclinó a fin de inspeccionar el brillante eje de la bicicleta.

-Entonces, llévate a Sancho; quizás llegues antes de que concluya el espectáculo, si es que llevas látigo, alfileres y galletas en cantidad suficiente como para mantenerlo en marcha... Seríais una buena pareja.

Esta alusión al asno inútil fue cruel, pero Hugh se aferró al último resto de su buen carácter y formuló una propuesta desesperada

-No seas tú un asno... Oye, ¿por qué no nos turnamos? He probado esta bicicleta y la manejo a la perfección. Al ir conmigo, podrías vigilarme, y nos turnaríamos. ¡Hazlo, Sid ! Estoy

ansioso por ir, y si accedes, no volveré a mencionar a Joe.

Pero Sid, como un desalmado, se río del plan.

-No, gracias ... No pienso caminar un solo paso cuando puedo ir en bicicleta, o prestársela a quien apenas sabe mantenerse sobre la vieja. Supongo que a ti te parecerá un plan excelente, pero yo no opino lo mismo, jovencito.

-Espero que cuando tenga diecisiete años no me habré convertido en un bruto egoísta... Ya tendré una bicicleta, una número uno, y entonces verás que la prestaré como un caballero, sin insultar a los demás sólo porque tienen dos o tres años menos.

-Tranquilízate, hijo mío, y no insultes... Si tan listo eres, ¿por qué no vas de a pie, a falta de bicicleta y burro? No son más que veinte kilómetros... nada del otro mundo, en realidad.

-Bueno; si así lo quisiera, podría hacerlo. He caminado dieciocho kilómetros sin cansarme tanto como tú ni mucho menos... Cualquiera puede recorrer distancias en bicicleta, pero para hacerlo de a pie, se requiere vigor y coraje.

-Inténtalo...

-Ya lo haré algún día.

-No cacarees con tanta fuerza, que aún eres un pollito.

-Pero no sería capaz de ensañarme con un caído...

Y temeroso de dar un puntapié a la bicicleta que estaba tentadoramente cercana, Hugh se alejó, tratando de silbar, pese a que sus labios se inclinaban más a temblar que a fruncirse.

-Tráeme la merienda, ¿quieres? Tía está preparándola y debo partir -lo llamó Sid, tan habituado a dar órdenes que lo hizo aún en momento tan inoportuno.

-Búscala tú mismo... No pienso seguir siendo tu esclavo; tirano -gruñó Hugh, pues

el gusano pisoteado se defendía por fin, como buen gusano.

Esto era una rebelión abierta, a tal punto que Sid comprendió que las cosas iban mal, aunque no pudo detenerse a remediarlo en ese momento.

-¡Caramba! He aquí una tormenta en un vaso de agua... Bueno; es una pena, pero ahora no puedo evitarlo. Mañana lo enmendaré y lo conquistaré con un buen relato del espectáculo. ¡Hola. Bemis!, ¿vas al pueblo? -preguntó en voz alta al ver a un vecino que pasaba en bicicleta..

-En parte; tomaré el coche en Lawton. Resulta difícil pedalear colina arriba y una molestia conducir por las calles. Si estás listo, vamos...

-Muy bien -exclamó Sid que, incorporándose, partió sin recordar su merienda.

Oculto tras las lilas, Hugh oyó lo sucedido, y en cuanto ellos partieron, corrió hasta la puerta para seguirlos con la mirada anhelante hasta que se perdieron de vista; luego se alejó, preguntándose abatido cómo iba a pasar el feriado que su hermano aprovecharía tan bien.

En ese momento, la tía Ruth apareció corriendo y agitando un bolso de cuero, bien repleto de emparedados. café frío y torta.

--Sid olvidó su bolso. ¡Corre, llámalo, deténlo !

-gritó, mientras trotaba sendero abajo con las cintas de la cofia agitadas al viento.

Por espacio de un instante, Hugh vaciló, pensando, malhumorado: "Se lo tiene merecido... No correré tras él...".

Después su buen corazón venció y tomando el bolso, echó a correr, ansioso de amontonar brasas sobre la orgullosa cabeza de Sid... sin mencionar su propio deseo de ver nuevamente a los ciclistas.

"Tendrán que subir despacio la cuesta larga; entonces podré alcanzarlos", reflexionó mientras cubría terreno con celeridad, pues era buen corredor, orgulloso de sus ágiles piernas.

Desdichadamente para sus buenas intenciones, los ciclistas habían tomado un atajo para evitar la colina, perdiéndose de vista en un sendero por donde Hugh ni siquiera soñaba que se atreverían a ir, montados en tales vehículos.

-Pues han cumplido una proeza al llegar a la cima de la colina a esta velocidad... No creo que puedan seguir así mucho tiempo -jadeó Hugh, deteniéndose de golpe al no ver señales de los muchachos.

El camino se extendía tentador delante de él; la carrera le había devuelto el ánimo,

y la curiosidad por ver qué era de sus amigos lo atraía a la cima, donde lo aguardaba la tentación. Y hacia allá se encaminó, hallando tan plancenteros el aire fresco, el cielo soleado, el sendero cubierto de hojas rojas y amarillas, y la sensación de libertad, que cuando llegó al punto más alto y vio todo el mundo ante él, como podría decirse, concibió un audaz proyecto, que casi le quitó el aliento con sus múltiples encantos.

"Camina", me dijo Sid... ¿y por qué no? Por lo menos hasta Lawton, desde donde podría ir en coche, como piensa hacer Bemis. ¡Cómo se sorprenderían los amigos al verme aparecer en el patinadero! Ya son las ocho y cuarto, y el espectáculo comenzará a las tres. Podría llegar con bastante facilidad... ¡y lo haré, por Júpiter! Tengo aquí la merienda, y creo que dinero suficiente para pagar ese pasaje. Si no lo tengo, iré un poco más allá y tomaré un tranvía de caballos. ¡Qué divertido! Allá voy.

Y con un alarido de juvenil deleite al romper sus ataduras, partió colina abajo, como un potro escapado.

Los otros estaban a corta distancia de él, delante, pero como los vericuetos del camino los ocultaban, todos siguieron avanzando, sin advertir su mutua proximidad. La carrera de Hugh le daba una buena ventaja, y por espacio de cinco o seis kilómetros, adelantó muy bien. Después siguió con mayor lentitud, pensando que le sobraba tiempo para alcanzar determinado tren. Pero como no tenía reloj, al llegar a la estación tuvo el placer de ver cómo el tren partía por un extremo de la estación al tiempo que él entraba por el otro.

-No me daré por vencido, seguiré a pie... Podré jactarme de ello cuando los demás cuenten sus hazañas. Veré a qué velocidad puedo ir, puesto que no estoy fatigado, y puedo comer por el camino. Le agradezco mucho a Sid la sabrosa merienda...

Y, riendo para sí ante su buena suerte, Hugh volvió a partir, sin detenerse más que para beber un buen trago en la bomba municipal. Esos trece kilómetros no le parecían muy largos al pensar en ellos, pero al caminar tuvo la idea de que se volvían cada vez más largos, hasta que imaginó haber recorrido unos cincuenta. Tenía buena práctica, y por fortuna llevaba puestos zapatos cómodos, pero tanta era su prisa por llegar a tiempo, que no se permitió descanso alguno, y siguió adelante, colina arriba y colina abajo, con la actitud resuelta de quien cumple una apuesta. Aquí lo dejaremos, para ver lo sucedido a Sid, pues sus aventuras fueron más interesantes que las de Hugh, pese a que todo le parecía tan fácil al partir.

En Lawton se separó de su amigo y siguió solo, después de haber adquirido una

provisión de pan de jengibre en un carro de panadero, y de haberse detenido a comer, beber y descansar junto a un arroyuelo. Pocos kilómetros más adelante pasó cerca de un grupo de muchachas que jugaban al tenis, y cuando avanzaba con lentitud, observándolas desde su elevado asiento, una exclamó súbitamente:

-Pero, ¡si es nuestro vecino, Sidney West ! ¿Cómo vino a aparecer aquí?

Y, agitando su raqueta, Alice corrió dispuesta a averiguarlo.

Dispuesto de buena gana a detenerse y lucir su uniforme nuevo, que le quedaba muy bien, Sid desmontó, se quitó el casco y sonrió a las damiselas, inclinándose por sobre el seto como un caballero de antaño.

-Ven a jugar una partida y merendar un poco. Tendrás tiempo de sobra, y algunos de nosotros iremos al patinadero dentro de poco. Ven, nos hace falta alguien que nos ayude, pues Maurice es demasiado haragán, y Jack se lastimó la mano con ese estúpido béisbol -insistió Alice, con persuasivo ademán, mientras las demás asentían y sonreían esperanzadas.

Atraído de esa manera, el juvenil Ulises prestó oídos a la voz de la pequeña Circe de sombrero redondo, y entró en el bosquecillo encantado, donde olvidó el paso del tiempo mientras retozaba entre las ninfas. No fue transformado en bestia, como en el relato inmortal, pese a que los tres caballeros adoptaron actitudes algo serviles, y Alice agitaba la raqueta como si fuera una varita mágica, mientras sus amigas ofrecían vasos de limonada a los héroes reclinados en el césped durante las pausas del juego.

En tan paradisíacas ocupaciones pasó el tiempo, de modo que Hugh se adelantó a su hermano sin saber que éste reposaba en la carpa que resultó tan invitadora para el polvoriento muchacho al pasar, fatigado, pero contando cada mojón con satisfacción creciente.

-Si llego a casa de tío Tim a la una, habré cumplido bien... Cuatro kilómetros por hora es un buen paso, y con una sola parada. En cuanto llegue enviaré un telegrama a mi tía, aunque no se inquietará; está acostumbrada a vernos aparecer en el momento adecuado -pensó Hugh, agradecido porque ninguna mamá excesivamente ansiosa lo esperaba durante su larga ausencia. Los hermanos no tenían madre, y la tía Ruth era una anciana comprensiva, que les dejaba hacer lo que querían, para gran satisfacción de ellos.

Al acercarse el final de su jornada, el viajero se reanimó, y olvidó las ampollas que tenía en los talones ante la dramática escena pintada por su fantasía, cuando Sid lo

descubriera en casa del tío Tim, o muy tranquilo sentado en el patinadero. Silbando con alegría, pasaba por un tramo boscoso cuando oyó voces, y al volverse vio que se aproximaba un carruaje lleno de muchachas, escoltadas por un ciclista cuyas piernas azules parecían curiosamente familiares.

Ansioso por conservar su secreto hasta el último instante, y comprendiendo que no estaba presentable, Hugh se ocultó en el bosque, mientras el alegre grupo pasaba de largo. En cuanto una curva los ocultó, volvió al camino.

-De no haber sido tan mezquino Sid, yo habría estado con él, compartiendo la diversión. No me apresuraré a perdonarlo por obligarme a ir a pie como un vagabundo, mientras él lo pasa tan bien.

De haber sabido lo que estaba a punto de ocurrir, mientras él murmuraba estas palabras para sí, se enjugaba la cara sudorosa y bebía el último sorbo de café para saciar su sed, pronto habría lamentado el haberlas pronunciado, perdonando todo a su hermano.

Mientras él ascendía laboriosa y lentamente la última colina, Sid se lanzaba por el otro lado, ansioso por demostrar su coraje y habilidad ante las muchachas, ya que estaba en una edad en la cual los muchachos comienzan a desear complacer y asombrar a esos seres más suaves, a quienes hasta ese momento trataron con indiferencia o con desprecio. Al hacerlo, cometió una tontería, pues el camino era desparejo, con empinadas laderas de cada lado y una curva cerrada al final, pero Sid siguió camino alegremente, con uno que otro batacazo, hasta que una serpiente, al cruzar el camino, hizo encabritar al caballo, chillar a las muchachas y volverse al ciclista, que al hacerlo perdió el equilibrio en el preciso momento en que le habría hecho falta esquivar una piedra grande. Y allá fue Sid, cayó la bicicleta con estrépito, se elevó una nube de polvo, y las niñas guardaron súbito silencio al presenciar el desastre. Esperaban que su gallardo acompañante se pondría de pie, riendo por su accidente, pero cuando lo vieron tendido de espaldas, inmóvil, después de un salto mortal, con la bicicleta encima como un paño mortuorio, se alarmaron y se precipitaron al rescate.

Le sangraba un tajo en la frente; además, era evidente que el impacto lo había aturdido un momento. Por suerte, había una casa cercana, y un hombre que presenció el accidente acudió a ofrecer una ayuda más eficiente que la que las jóvenes atinaron a proporcionar en la primera confusión. En efecto, las cuatro se limitaban a azotar

desatinadamente a Sid con sus pañuelos. mientras gritaban

-¿Qué haremos? ¿Está muerto? ¡Traigan agua!.. . ¡Rápido, llamen a alguien!

-No se asusten, chicas; para romper la cabeza de un muchacho hacen falta muchos porrazos. No se hizo mucho daño; está un poco mareado, nada más. Levantaré esta máquina molesta y lo pondré en pie, si es que no se hirió las piernas.

Animándolas con tales palabras, el granjero despejó las ruinas y apoyó al ciclista caído contra un árbol. Dicho tratamiento tuvo tan buen efecto, que Sid no tardó en recobrarse, y mostrarse muy disgustado por la situación.

-Esto no es nada, un topetazo, nada más; estoy bien, gracias. Partamos en seguida, lamento muchísimo haberlas alarmado, niñas.

Eso fue lo que dijo, pero aunque comenzó su discurso con valor, concluyó con débil sonrisa y aferrándose al árbol, mareado y descompuesto otra vez.

-Venga conmigo... Lo arreglaré a usted y a su carrindanga, jovencito. Inútil que insista en seguir camino, porque esta cosa está rota, y a usted le hace falta quedarse quieto un rato. Sigan ustedes, niñas; yo me ocuparé de él, y mi mujer podrá cuidarlo mejor que una docena de jovencitas medio muertas de miedo.

Tomando el caso en sus propias manos, el granjero tardó apenas cinco minutos en tener bajo su techo al ciclista y la bicicleta. Y con vanas ofertas de ayuda, muchas lamentaciones y promesas de comunicar su paradero al tío Tim por si no llegaba, las muchachas partieron a regañadientes, sin dejar otras señales de la catástrofe que un camino pisoteado y una serpiente muerta.

Acababa de restaurarse la paz, cuando llegó Hugh por la colina, sin soñar siquiera en lo que acababa de ocurrir, y por segunda vez se adelantó a su hermano, que en ese momento se hallaba tendido en un sofá de la granja. Una bondadosa anciana le adornaba la frente con un amplio vendaje negro, mientras sugería papel oscuro empapado en vinagre para los diversos magullones de sus brazos y piernas.

"Parece que alguien hizo mucho alboroto para matar una serpiente", díjose Hugh al observar los rastros de desorden, pero resistiendo su interés juvenil por tales asuntos, siguió camino con decisión, aspirando las ráfagas de aire marino que llegaban de vez en cuando a su nariz, anunciándole la cercanía de' su ansiada meta.

Para su satisfacción no tardaron en aparecer a su vista las torres de la ciudad. Solamente el largo puente y una o dos calles se interponían entre él y el sillón del tío Tim, donde pronto esperaba descansar.

Se encontraba en medio del puente, cuando lo pasó una carreta de granjero, con una bicicleta cuidadosamente tendida sobre los barriles de vegetales para el mercado. Hugh la contempló con afecto. anhelando pedirla prestada para un corto viaje hasta el final del puente. De haber sabido que se trataba de la bicicleta de Sid, rota y que sería reparada sin pérdida de tiempo gracias a la visita al pueblo del bondadoso granjero, habría hecho una pausa para reírse con ganas, pese a su juramento de no detenerse hasta que concluyera su viaje.

En el preciso momento en que Hugh tomaba por la calle donde habitaba el tío Tim, pasó un tranvía tirado por caballos, en un rincón del cual viajaba un pálido adolescente, con un sombrero estropeado echado sobre los ojos, que entregó su boleto con la mano izquierda y que cuando el coche se sacudía, fruncía el entrecejo, como si sintiera dolor. De haber mirado por la ventana habría visto a un muchachito muy polvoriento, que bolso al hombro, avanzaba a buen paso por la calle donde vivía su pariente. Pero Sid volvió la cabeza a un lado, temiendo ser reconocido, pues se dirigía a cierto club al que pertenecía Bemis, porque prefería su simpatía y su hospitalidad antes que la humillación de que su desdicha fuera relatada en casa por su tío Tim, quien con seguridad se pondría de parte de Hugh y celebraría la caída de los orgullosos. Y menos mal que evitó aquella cómoda mansión, pues en el umbral de la misma se encontraba Hugh, quien sonrió satisfecho cuando el reloj dio la una, proclamando que había recorrido sus veinte kilómetros en poco menos de cinco horas.

-No está tan mal para un "pequeño", aunque sea un "asno" -rió el muchacho, mientras se limpiaba los zapatos, se frotaba la cara, y se acicalaba lo mejor posible, a fin de presentar buen aspecto al aparecer a la vista de su atónito hermano.

Cuando se abrió la puerta, entró para encontrarse con su tío y dos sonrosadas primas, que en ese momento se disponían a cenar. Como siempre se alegraban de ver a los hermanos, le ofrecieron una cordial bienvenida y le preguntaron por Sid.

-¡No ha llegado todavía! -exclamó Hugh, sorprendido, aunque satisfecho de ser el primero.

Como nada se sabía de él, Hugh relató sus propias andanzas, para deleite de su jovial tío y admiración de Meg y Mey, las sonrosadas primitas. Todos aplaudieron la hazaña e insistieron en seguida en que el caminante debía recobrar fuerzas con un baño, una abundante comida y un buen descanso en el sillón grande, donde repitió su historia a pedido particular.

-Te mereces una bicicleta, y la tendrás, como que me llamo Timothy West. Me gusta el valor y la perseverancia, y tú las tienes, así que, dime cuál es la bicicleta que prefieres. Sid necesita que -se le quiten los humos, como dicen ustedes. Yo también soy hermano menor, por eso conozco tus penurias.

Mientras su tío formulaba tan agradables comentarios, Hugh parecía haber dejado atrás sus propias penurias, pues su cara brillaba por el jabón y la satisfacción; su apetito estaba saciado por una espléndida cena; sus pies cansados gozaban de un par de amplias chinelas, y la bendita certeza de poseer una bicicleta de primera calidad colmaba sus aspiraciones. Era imposible expresar con palabras su gratitud, y solamente la esperanza de comunicar tan gloriosas novedades a Sid podría haberlo arrancado de ese paraíso, donde anhelaba permanecer. Valor y perseverancia, además de crema fría en los talones ampollados, le permitieron volver a calzarse los zapatos y partir en busca de su hermano en un tranvía tirado por caballos, como en un carruaje triunfal.

-No me jactaré, pero la verdad es que me siento muy satisfecho con lo hecho hoy... ¿Qué tal le habrá ido a él? Supongo que habrá llegado en dos o tres horas, y ahora se pavonea en el patinadero, con sus compañeros del club. Entraré y esperaré a que me encuentre, como si no me enorgulleciera ni un poco por lo que hice ni me importara un bledo el elogio de nadie.

Con este plan en la cabeza, Hugh gozó en grande aquella tarde, sin dejar de mantenerse alerta en la búsqueda de Sid, aun mientras se cumplían, ante sus ojos admirados, las más asombrosas hazañas. Pero no vio por ninguna parte a su hermano, pues buscaba un uniforme azul y un casco provisto de cierta insignia, mientras que Sid permanecía en un rincón, ataviado con un sombrero y una chaqueta prestadas, y observando las proezas de las que había pensado participar, cada vez que se lo permitían su cabeza y sus huesos doloridos.

Recién al concluir el espectáculo se encontraron los hermanos, a la salida, y entonces la expresión de Sid fue tan cómica, que Hugh echó a reír hasta que la multitud que los rodeaba se puso a mirarlos, preguntándose cuál sería la broma.

-¿Cómo diablos llegaste aquí? -preguntó el mayor, bajándose el sombrero para ocultar el vendaje.

-Caminando, tal como me aconsejaste.

Imposible expresar con palabras el placer que experimentó Hugh al responder así,

o el júbilo que intentó vanamente contener, pues los ojos le brillaban y una sonrisa de gozo juvenil iluminaba su tostada tez.

-¡.Acaso esperas que me lo crea?

-Como te parezca... Quise alcanzarte para darte tu bolso, y como no pude, se me ocurrió seguir camino. Llegué a eso de la una, cené en casa de tío y desde entonces estoy gozando de esta jarana.

-Para empezar, muy bien. Sigue así y algún día serás un campeón de ciclismo... Y dime, muchachito, ¿qué crees tú que dirá papá cuando se entere?

-Poca cosa... Tío se ocupará de eso. El consideró que me había portado con mucho valor, y también lo pensaron sus hijas. Y tú, ¿cuándo llegaste? -inquirió Hugh, algo picado ante la falta de entusiasmo demostrado por Sid, aunque era evidente que lo impresionaba la diablura del "muchachito".

-Cuando Bemis se fue, seguí despacio... De paso jugué al tenis en casa de los Blanchard, cené en el club, y vine aquí con mis amigos... Como me dolía la cabeza, no me sentía con ganas de andar mucho.

Mientras Sid hablaba, Hugh iba notando las señales que delataban los percances sufridos por Sid.

-¡Ja, ja! -rió mientras le palmeaba las rodillas-. ¡Te has visto en aprietos ! Lo sé, lo veo... Confiésalo y no me vengas con evasivas, pues lo averiguaré de alguna manera.

-No hagas tanto escándalo en la calle... Sube a este tranvía y te lo contaré, pues sé que no me dejarás tranquilo hasta que lo haga -repuso Sid, sabiendo bien que Alice no guardaría el secreto.

Difícil expresar el interés de Hugh por el relato que extrajo poco a poco de la víctima, pero después de una perdonable burla por las penurias sufridas por su opresor, cedió a la compasión que experimentaba hacia su hermano y se portó muy bien con él.

Esto emocionó a Sid y lo colmó de remordimiento por su anterior falta de amabilidad, pues quien recorre el Valle de la Humillación ve con claridad sus propios defectos y no se avergüenza de confesarlos.

-Mira, te diré lo qué pienso hacer -anunció cuando bajaban del tranvía y Hugh le ofrecía el brazo con gesto amistoso-. Te daré la bicicleta vieja, y que Joe consiga otra donde pueda... De todos modos, es pequeña para él, y dudo que la quiera. En verdad, creo que fuiste muy animoso al caminar esos veinte kilómetros, y sin guardarme

rencor, de modo que digamos "A lo hecho, pecho".

-Te lo agradezco mucho, pero tío me regalará una nueva, de modo que no hará falta desilusionar a Joe. Sé que eso es duro, y me alegro de evitarselo puesto que es pobre y no puede adquirir una nueva.

Tal respuesta fue la única venganza de Hugh por sus mortificaciones, y Sid la sintió, aunque se limitó a decir, palmeándole el hombro:

-Me alegro de enterarme... Tío es una maravilla, y tú también. Tomaremos el último tren de vuelta a casa y yo pagaré tu boleto.

-Gracias... Pobre, te diste un buen porrazo, ¿eh? -exclamó Hugh cuando se quitaron los sombreros en la sala y el vendaje apareció en toda su extensión.

-Mi cabeza estará bien dentro de uno o dos días, pero me abollé el casco y me hice agujeros en las rodillas de mis pantalones nuevos... Tuve que pedir prestada una muda en casa de Bemis y dejar allí mis harapos. No hace falta mencionar más de lo necesario a las chicas; no me agrada causar molestias -repuso Sid, tratando de quitar importancia al asunto.

Hugh tuvo que detenerse a reír otra vez, al recordar las burlas provocadas por sus propios contratiempos. Sin embargo, no se vengó, y Sid no lo olvidó nunca. Su estada fue breve, y Hugh resultó el héroe del momento, eclipsando por completo a su hermano, quien solía ocupar el primer lugar, pero que ahora pasaba humildemente a segundo plano, consciente de que no era una figura muy imponente, con su chaqueta demasiado grande, una venda en la frente, un magullón purpúreo en una mejilla, y un aspecto general de abatimiento poco habitual en él.

Cuando partieron, el tío Tim palmeó la cabeza de Hugh; una licencia que lo habría ofendido, a no ser porque el amable anciano la acompañó diciendo, con una generosidad temeraria y digna de ser destacada

-Hijo mío, elige la bicicleta que te guste, y envíame la cuenta. -Y encarándose con Sid agregó, en tono que hizo enrojecer su pálida cara-: Y tú, ¿.recuerdas que la tortuga venció a la liebre en la vieja fábula que todos conocemos?

fin